



Discurso del canciller Héctor Timerman en la Cumbre de Seguridad Alimentaria Mundial en la Gulfood 2014

Domingo 23 de Febrero de 2014

Muy buenas tardes a todos. Es para mi una satisfacción poder participar en la sesión inaugural de este evento y poder compartir con todos ustedes una serie de reflexiones sobre un tema tan importante para el presente y futuro de la humanidad como es el referido a la seguridad alimentaria.

Como muchos de ustedes sabrán, la Argentina es un proveedor clave de alimentos a nivel global. De acuerdo a la FAO, estamos entre los diez países con mayor área agrícola del mundo, con unas 140 millones de hectáreas cultivables. Nuestro país produce y exporta alimentos para más de 400 millones de personas en 170 países distintos. Esa posición no sólo se explica por la abundancia y diversidad de los recursos naturales de la Argentina sino también por el importante esfuerzo realizado para elevar los niveles de productividad de nuestro sector agrícola.

En la última década hemos conseguido incrementar la producción de granos desde unos 67 millones de toneladas hasta alcanzar un récord histórico de 105 millones de toneladas. Desde 2003 hemos venido implementando una serie de políticas activas tendientes a incrementar la producción agrícola de forma sostenible y sustentable socialmente. Asimismo, nos encontramos comprometidos con un proceso de desarrollo productivo agrícola que incluye la incorporación de nuevas tecnologías y promueve la industrialización del sector para evitar una



merma en el empleo. Una de las claves de la política del gobierno argentino en materia agroalimentaria es estimular el agregado de valor en el lugar de origen de la producción, induciendo el empleo y la inclusión, valor central de nuestro Plan Agroalimentario Nacional 2020, que tiene como lema “la industrialización de la ruralidad”.

Argentina está profundamente comprometida en la lucha contra la inseguridad alimentaria. La responsabilidad que implica contar con una presencia tan destacada en el mercado mundial de alimentos nos ha llevado a fijar posiciones muy claras en relación a la necesidad de acabar con el hambre en el mundo y a los obstáculos que se interponen en la consecución de dicho objetivo.

Debemos ser conscientes de que el flagelo del hambre en el mundo es, ante todo, un problema de naturaleza distributiva. De acuerdo a los últimos datos publicados por la FAO, unos 842 millones de personas, cerca de uno de cada ocho habitantes del planeta, padecen hambre crónica, careciendo de alimentos suficientes para llevar una vida activa y saludable. Este cuadro no se explica por un déficit cuantitativo de la producción alimenticia ya que la misma FAO estima que se produce una cantidad equivalente a una vez y media de lo necesario para cubrir los requerimientos de la población global.

Asimismo, tenemos la convicción –como lo hemos manifestado siempre en los ámbitos internacionales correspondientes– que la regulación del precio de los alimentos no es el camino adecuado para combatir el hambre. Cualquier medida que dispusiera una baja artificial en el precio de los alimentos sería sumamente perjudicial para los pequeños agricultores de los países pobres que, paradójicamente, son los principales afectados por el fenómeno del hambre en el mundo. Lo que tenemos que regular, en cambio, es el funcionamiento del sistema



financiero internacional y de las grandes corporaciones que controlan la comercialización y distribución mundial de alimentos, quienes obtienen ganancias extraordinarias a costa de los productores agropecuarios y el hambre de millones de personas alrededor del planeta.

En tercer término, resulta imposible hablar del fenómeno de la inseguridad alimentaria sin vincularlo con las inequidades del sistema multilateral de comercio, un esquema fuertemente distorsionado por las cuantiosas subvenciones que aplican los países desarrollados a su producción primaria. Estos subsidios se trasladan a los valores finales de los alimentos deprimiendo los precios, desplazando a la competencia de los exportadores de los países en desarrollo y perjudicando la actividad agrícola de los países menos adelantados.

La Biblia nos habla del antiguo Egipto como la tierra de la abundancia, un país bendecido por el Nilo que era el granero del Mediterráneo, ahora reducido a un importador neto de alimentos por culpa de las prácticas proteccionistas de los países desarrollados.

En definitiva, entendemos que el hambre mundial es una consecuencia directa de la pobreza, de la injusta distribución de la riqueza, de un sistema productivo concentrado y muy heterogéneo entre países, del triunfo de la especulación financiera por sobre la actividad productiva y de un sistema multilateral de comercio completamente distorsionado por las prácticas abusivas de los países desarrollados que afectan, en especial, a los países de las regiones más pobres del mundo.

Consideramos que para asegurar la alimentación de la población los Estados deben desplegar políticas activas que promuevan el desarrollo productivo, la industrialización y la generación de empleo genuino. Como dijo nuestra Presidenta, Cristina Fernández de Kirchner, hace dos años en el marco del G20:



“nadie puede tener seguridad alimentaria si no tiene un trabajo que le proporcione la posibilidad de obtenerla. La producción, la estimulación del consumo y la generación de empleo tienen que ver con retornar a un verdadero capitalismo [donde lo productivo prevalezca por sobre lo financiero]. Hoy, en cambio, estamos viviendo una suerte de ‘capitalismo anárquico’ o ‘anarco capitalismo’ financiero.”

Con esta visión en mente, la Argentina tiene entre sus programas de cooperación para América Latina, África y Asia, proyectos que se basan en un criterio asociativo. Estos programas no persiguen la creación de nuevos mercados, sino la transferencia de tecnología agropecuaria a las regiones con menores estándares de productividad agrícola.

En síntesis, la seguridad alimentaria se construye devolviendo a los países en desarrollo la habilidad para recuperar sus propios mercados de alimentos y permitiendo el acceso de sus productos a los supermercados de los países más ricos del mundo. Para lograrlo, es imperativo asumir un compromiso sincero con la transferencia de tecnología y la eliminación de subsidios distorsivos del comercio.

Asimismo, es esencial que los organismos internacionales se hagan cargo de la responsabilidad que les fue asignada por la comunidad de naciones. Los países emergentes jamás se librarán de la trampa de la pobreza y la malnutrición sin créditos para caminos, puentes, puertos, tractores y escuelas agrícolas. Sin educación e infraestructura todas las políticas de incentivo a la producción agrícola son absolutamente inservibles.

Es más, permítanme en esta ocasión retomar un insistente reclamo de mi país a la OMC para que recupere el espíritu con el que fue lanzada la Ronda de Doha para el Desarrollo, y subrayo la palabra DESARROLLO, pues resulta evidente que este foro se dedica casi exclusivamente a cuestiones que hacen al “libre mercado.”



En casa, en la Argentina, creemos que el Estado debería ocuparse de implementar políticas de inclusión en beneficio de los sectores más vulnerables, de forma tal que mejore la equidad social, impulse el mercado doméstico y redunde en el crecimiento de las variables macroeconómicas.

Durante la última década la Argentina diversificó su estructura productiva duplicando su producción industrial, multiplicando así por tres el valor de sus exportaciones y generando más de 5 millones de nuevos puestos de trabajo, sumando dos millones y medio de nuevos jubilados que no tenían cobertura alguna y disponiendo una asignación universal para tres millones y medio de niños, jóvenes y mujeres embarazadas.

Creemos que la adopción firme y decidida de este tipo de políticas inclusivas en el plano nacional y de la redefinición profunda de las relaciones económicas en el plano multilateral, son los elementos clave para superar los obstáculos estructurales que conspiran contra la seguridad alimentaria global.

Muchas gracias.